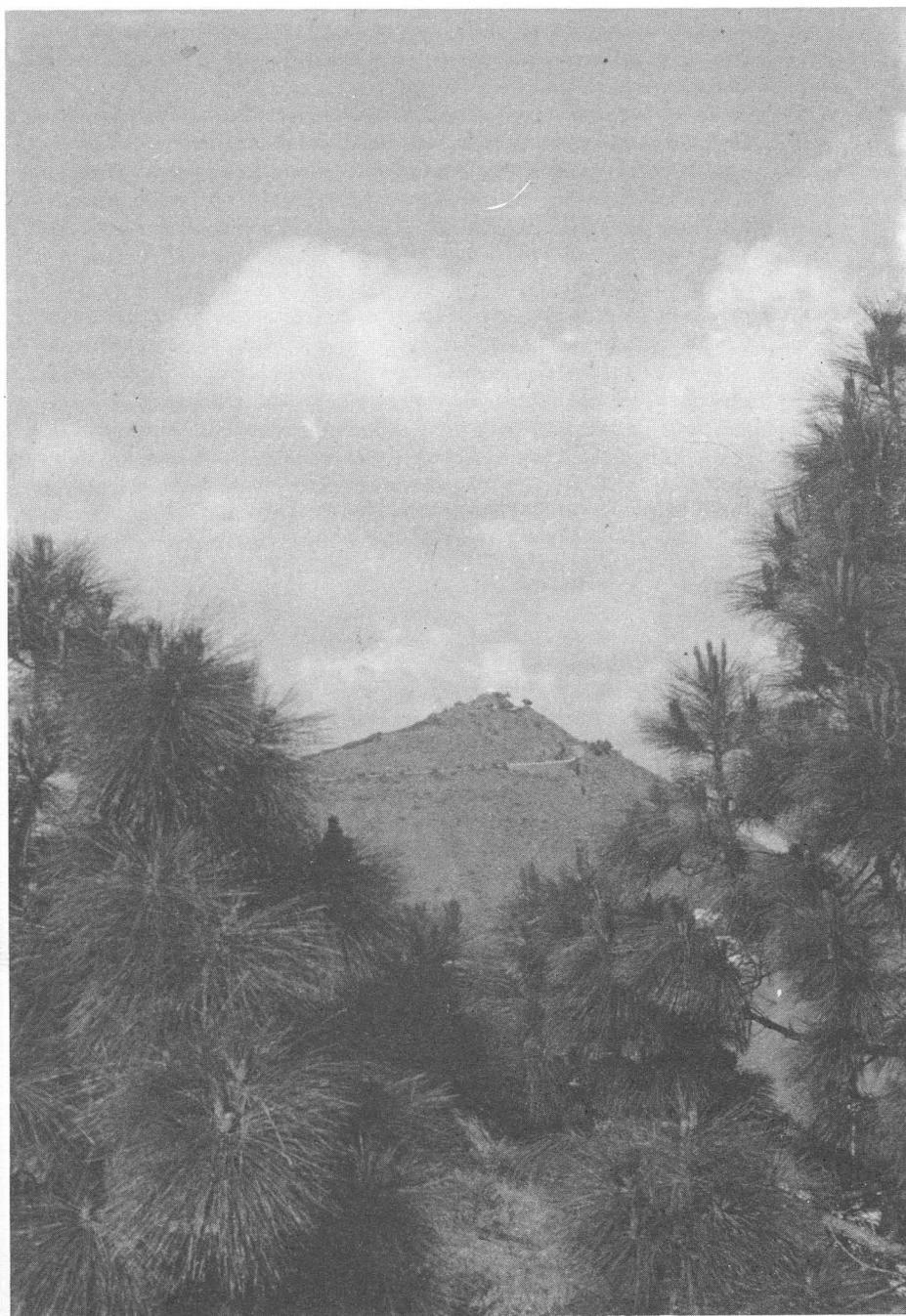


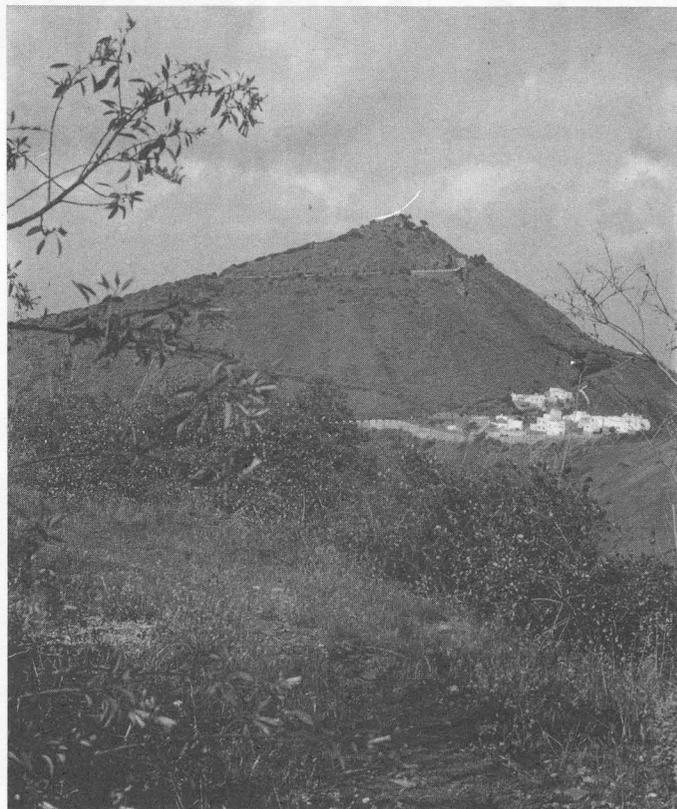
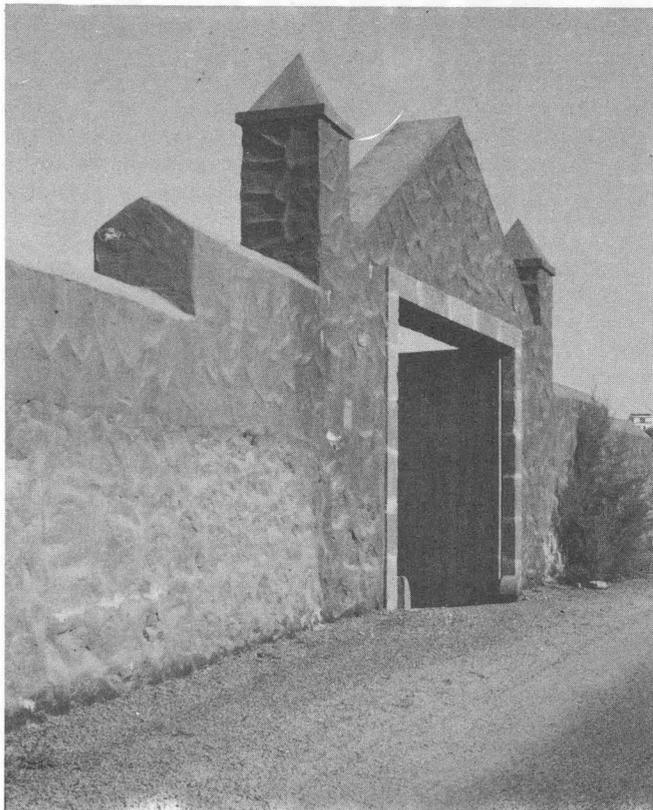
El Monte Lentiscal es un lugar próximo a Las Palmas de Gran Canaria singularizado por un paisaje pintoresco que la incesante urbanización ha ido difuminando. El Lentiscal era, efectivamente, una masa forestal en la que predominaba el lentisco, especie arbórea del norte de África, sur de Europa y Canarias (Gran Canaria y Tenerife). Después de la conquista castellana de Gran Canaria se inició un intenso aprovechamiento de los bosques de la isla y el Monte Lentiscal, cercano a la capital y a las zonas de Jinámar y Telde, sufrió las consecuencias de una tala indiscriminada hasta el punto que en el primer cuarto del siglo XVI *la dicha montaña de Lentiscal estaba muy cortada y muy talada y en toda ella no había leña gruesa a causa de que los señores de ingenio habían cortado en la dicha montaña hasta ahora.* Entre



EL MONTE LENTISCAL

otras utilizaciones, la madera de los lentiscos servía como leña para las labores, de refinar el azúcar de caña y el Monte, como vemos, se vio pronto muy menoscabado en su vegetación hasta el punto de que se prohibió la tala de árboles.

Restos de la antigua vegetación del Lentiscal pervivieron hasta principios del siglo pasado. Incluso a fines del siglo XVIII y comienzos del siguiente se realizaron tareas de repoblación, plantándose nogales y otras especies en la dirección de Santa Brígida. Pero finalmente, el Monte, cuyos terrenos eran de *propios* o de propiedad comunal, pasó a la titularidad de propietarios particulares que destinaron sus superficies a cultivos agrícolas, especialmente el cultivo de la vid. Los terrenos de esta localidad están cubiertos de *picón*, la grava volcánica erosionada de las viejas erupciones del volcán Bandama. El cráter y pico de esta denominación —que tiene su origen en el apellido, Van Dame, propietario de fincas en aquel lugar en el siglo XVI— se hallan en la divisoria de los términos municipales de Santa Brígida, Las Palmas de Gran Canaria y Telde, pero definen especialmente al paisaje del Monte. Estas tierras cubiertas de *picón* y favorecidas por un clima suave y templado son muy apropiadas para el cultivo de la vid. Hasta tiempos relativamente recientes las cepas cu-



brían casi enteramente las faldas de las colinas que se extienden desde la Atalaya hasta las estribaciones de Bandama. El apreciado vino del Monte —tinto y moscatel— tenía justa fama. Hoy apenas queda su recuerdo: viñas que van cediendo paso a las construcciones, inactivos lagares y algunas bodegas de autoconsumo.

Lo que conocemos hoy por el Monte comienza en la Cruz del Inglés, a nueve kilómetros de Las Palmas por carretera. Según parece, este nombre recuerda la batalla que los isleños sostuvieron frente a los holandeses en 1599, de la cual se ofrece un relato en otra parte de este número. Fue la batalla del Monte Lentiscal tema en el que se inspiró el pintor Carlos Morón en uno de sus lienzos. Después de haber tomado Las Palmas a fines de junio de dicho año, los atacantes penetraron hacia este lugar en donde las milicias isleñas se habían hecho fuertes. El calor —era uno de esos días de levante que se dejan notar con más intensidad en las alturas—, el desconocimiento del terreno y el arrojado de los defensores determinaron la derrota de las fuerzas de Van der Does, que tuvieron importantes bajas. Así, el lugar debería llamarse Cruz del Holandés y no el que quedó en el recuerdo de los isleños, que seguramente identificaron como ingleses a los atacantes, influenciados por el intento anterior de Drake y Hawkins.

Hasta hace veinte o quince años el Monte era un típico lugar de veraneo, una agradable zona residencial para los veraneantes de la capital. Y recibía también al turismo inglés que venía a la isla: desde principios de siglo el Hotel

Santa Brígida era punto de llegada de muchos visitantes atraídos por la belleza y la tranquilidad del lugar. En el Monte se levantaron muchos chalets y muchas casas para veranear. Los domingos de estío reunían a mucha gente que incluso se desplazaba de Las Palmas en los viejos *piratas*. Junto al desaparecido cauce de la acequia, que corría al borde de la carretera, se formaban parrandas de timples y guitarras. Años después, el turismo playero y la moda del Sur hicieron que el Monte quedara olvidado. En los últimos años ha renacido nuevamente y la urbanización se ha intensifi-

cado. Como en otras tantas zonas de la isla, la edificación incontrolada ha producido una fuerte e innecesaria degradación. El bonito y amable paisaje del Monte se ha ido perdiendo y terminará por desaparecer irremediablemente si no se establece una inmediata ordenación en lo que fue bosque de lentiscos primero, campos de vid después, agradable centro de veraneo más tarde y, finalmente —si, repetimos, no se establece un control—, bosque de cemento y edificaciones.

Texto y fotos: A. H. P.

